

LA TRADICIÓN DE “ABRIR LA BOCA”*

Pierre Bourdieu: Alguna vez usted hablaba de “la tradición europea o alemana —que de hecho también es una tradición francesa—, de abrir la boca”. Cuando pensábamos hacer un dialogo público con sindicalistas, evidentemente no sabía que usted recibiría un premio Nóbel: me alegra tanto que haya recibido este premio como el que éste no lo haya cambiado, y siga tan dispuesto como antes a “abrir la boca”. Ahora me encantaría que la abriéramos juntos.

Günter Grass: En Alemania, el encuentro entre un sociólogo y un escritor es relativamente raro. Es más frecuente que los filósofos se reúnan en una esquina de la sala, los sociólogos en otra, y los escritores, alejados entre sí, en la trastienda. Una comunicación como la nuestra es la excepción. Cuando pienso en su libro *La miseria del mundo*, o en mi último libro, *Mi siglo*, encuentro algo común en nuestro trabajo: contamos la historia vista desde abajo. No hablamos por encima de los hombros de la sociedad, ni desde el punto de vista de los vencedores de la Historia, sino que, dado nuestro oficio, es evidente que estamos del mismo lado que los perdedores, de quienes se encuentran al margen, de los excluidos de la sociedad.

En *La miseria del mundo*, usted y sus colaboradores lograron renunciar a las individualidades y ponerlo todo para la comprensión, sin pretender un saber superior: una mirada a las condiciones y al estado de la sociedad francesa, perfectamente aplicable en otros países. Como escritor, me siento tentado a emplear sus historias como materia prima, como en el caso de la joven proveniente del campo que llegó a París para clasificar cartas durante la noche. La descripción de su lugar de trabajo permite entender los problemas sociales sin necesidad de enfatizarlos ostentadamente. Realmente me gustó. Quisiera que existiera un libro así sobre las condiciones sociales de cada país.

Lo único que me sorprendió quizá forme parte del dominio de la sociología: no hay humor en esta clase de libros. Falta lo cómico del fracaso, los absurdos que nacen de ciertas confrontaciones, y que en mis escritos desempeñan un papel fundamental.

P.B.: Usted describe magníficamente algunas de las historias que hemos evocado, pero quien las escucha directamente de la persona que las vivió suele sentirse algo agobiado, abatido, y la idea de tomar distancia le resulta prácticamente inconcebible. Por eso tuvimos que excluir del libro ciertas historias, porque eran demasiado punzantes, demasiado patéticas, demasiado dolorosas.

G.G.: Digo “cómico” pensando que tragedia y comedia no se excluyen mutuamente, que las fronteras que las separan son fluctuantes.

P.B.: Estoy de acuerdo. De hecho, quisimos poner frente a los ojos de los lectores, todo este absurdo, sin adornos. Una de nuestras consignas era evitar la literatura. Puede que esto le moleste, pero cuando se está frente a dramas como éstos, hay una tentación de escribir bien. La consigna era intentar ser lo más brutalmente positivos posible, a fin de

* Conversación entre Günter Grass y Pierre Bourdieu. Publicada en *Le monde*, 3 de diciembre de 1999. Las declaraciones de Günter Grass fueron traducidas del alemán al francés por Gabriele Wennemer. Traducción de: Guillermo Vargas Quisoboni y Fabián Sanabria S.

restituir a estas historias su extraordinaria y casi insoportable violencia. Y había varias razones para ello: las razones científicas y, además, eso creo, las razones literarias, pues si no queríamos hacer literatura era para ser literarios de otra manera. Pero también teníamos razones políticas. Pensábamos que la violencia que actualmente ejerce la política neoliberal implementada en Europa y América Latina, y en muchos países más, es tan grande que no se puede explicar con base en análisis puramente conceptuales. La crítica no está a la altura de los efectos que produce esta política.

G.G.: Los dos, el sociólogo y el escritor, somos hijos del Siglo de las Luces europeo, de una tradición actualmente cuestionada en todas partes —al menos en Francia y Alemania—, como si el movimiento europeo del *Aufklärung*, de las Luces, hubiera fracasado. Diversos aspectos que existieron al comienzo —pensemos sólo en Montaigne— se han ido con los siglos. El humor, entre otros. El *Cándido*, de Voltaire o *Jacques el fatalista*, de Diderot, por ejemplo, describen condiciones sociales absolutamente horribles. Y pese al dolor y al fracaso, la capacidad de ser cómico y sacar partido, se impone.

P.B.: Sí, pero esta sensación de haber perdido la tradición de las Luces tiene relación con una nueva visión del mundo impuesta por la mirada neoliberal, actualmente dominante. Para mí, la revolución neoliberal es una revolución conservadora —en el sentido que se le daba en Alemania durante los años treinta—, y una revolución conservadora es una cosa bien extraña. Pretende restaurar el pasado y se considera progresista, transforma la regresión en progreso. Ahora bien, quienes luchan contra esta regresión parecen retrógrados. Así como quienes combaten el terror parecen terroristas. Es algo que tenemos en común: somos nostálgicos pero considerados arcaicos, atrasados...

GG.: “Dinosaurios”.

P.B.: Exactamente: dinosaurios. En eso consiste la gran fuerza de las revoluciones conservadoras, de las restauraciones “progresistas”. Creo que, incluso, lo que usted dice tiene relación con la misma idea: no somos graciosos. Pero estos tiempos no son exactamente graciosos. En verdad, no hay de qué reír.

G.G.: No quise decir que ésta fuera una época graciosa. La risa infernal que desencadena la literatura es también una forma de protesta contra nuestras condiciones sociales. Lo que hoy se vende como neoliberalismo es un retorno a los métodos del liberalismo de Manchester del siglo XIX. En los años setenta, obtuvimos cierto éxito cuando intentamos civilizar al capitalismo por toda Europa. Si parto del principio de que el socialismo y el capitalismo son los hijos genialmente fracasados de las Luces, sin embargo, reconozco que tenían una cierta función de control recíproco. Incluso el capitalismo estaba condenado a ciertas responsabilidades. En Alemania lo llamábamos la *economía social del mercado*, y era un consenso, incluso con el partido conservador, sobre que las condiciones existentes en la República de Weimar no debían repetirse nunca más. El consenso se rompió a comienzos de los años ochenta. Luego de la caída de las jerarquías comunistas, el capitalismo se creyó con derecho a todo, como si escapara a cualquier especie de control. Hasta los pocos capitalistas responsables que quedan, hoy llaman a la prudencia, porque saben que sus instrumentos pierden el rumbo, y que el sistema neoliberal está repitiendo los errores del comunismo, creando dogmas que reivindicaban una especie de su infalibilidad.

PB.: Sí, pero la fuerza de este neoliberalismo es que es aplicado, al menos en Europa, por personas que se dicen socialistas. Sea Schröder, sea Blair o Jospin, son personas que invocan al socialismo para hacer neoliberalismo.

G.G.: Es una capitulación frente a la economía.

PB.: Por lo mismo, la existencia de una posición crítica de la izquierda de los gobiernos social-demócratas se volvió extremadamente difícil. En Francia, las grandes huelgas de 1995 consiguieron movilizar a una enorme cantidad de trabajadores, empleados, etc., pero también a los intelectuales. Después, hubo toda una serie de movimientos: el movimiento de los desempleados, la marcha europea de desempleados, el movimiento de los indocumentados, etc. Hubo una especie de agitación permanente que obligó a que los social-demócratas en el poder fingieran un discurso socialista. Pero en la práctica, así este movimiento crítico es todavía muy débil, en gran medida por no haber superado la escala nacional. Creo que uno de los problemas más tenaces es cómo, en un plano político, lograr expandir una posición crítica de la izquierda socialdemócrata gobernante a una escala internacional, de suerte que realmente logre influir en su forma de gobernar.

Todavía falta mucho para crear un movimiento social europeo. Ahora, yo me pregunto qué podemos hacer nosotros, los intelectuales, para apoyar este movimiento, y es indispensable porque, contrario a la visión neoliberal, todas las conquistas sociales han sido realizadas gracias a la fuerza de las luchas. Entonces, si queremos vivir en una "Europa social", como decimos, es necesario que haya un movimiento social europeo. Y creo —se me ocurre— que los intelectuales tenemos una enorme responsabilidad en la constitución de un movimiento semejante, puesto que la fuerza de los dominantes es económica tanto como intelectual; es decir también es parte de la creencia. Por esto, creo que es necesario "abrir la boca", y tratar de restaurar la utopía, justamente porque una de las fuerzas de los gobiernos neoliberales es matar la utopía.

G.G.: Los partidos socialistas y socialdemócratas creyeron un poco en esta tesis, suponiendo que la caída del comunismo también iba a eliminar al socialismo del mapamundi, y perdieron la confianza que habían depositado en el movimiento europeo de los trabajadores que, de hecho, existía desde mucho antes que el comunismo. Al abandonar las tradiciones propias, uno se abandona a sí mismo.

En Alemania, sólo ha habido unos cuantos acercamientos tímidos a la organización de los desempleados. Desde hace años, intento decirle a los sindicatos: no basta con asociar a los trabajadores, que tienen un trabajo, pues si lo dejan de tener caerán en un abismo sin fondo. Hay que fundar un sindicato de los desempleados por toda la Europa.

Es lamentable que la construcción de Europa se realice únicamente dentro del terreno de la economía. Hace falta un esfuerzo de los sindicatos por encontrar una forma de organización y de acción capaz de superar el nivel nacional, impactando más allá de las fronteras. Hay que crear un contrapeso al neoliberalismo mundial.

Progresivamente, muchos intelectuales han procurado avalarlo todo, y así, lo único que se obtiene es una úlcera. Hay que decirlo. Por eso dudo que se consiga algo contando exclusivamente con los intelectuales. Si en Francia —me parece— se habla de "los

intelectuales” sin ninguna reserva, mi experiencia en Alemania me demuestra que hay un malentendido en creer que ser intelectual equivale a ser de izquierda. Toda la historia del siglo XX lo prueba, incluso el nazismo: un hombre como Goebbels era sin duda un intelectual. A mi juicio, ser intelectual no es una prueba de calidad.

En su libro, *La miseria del mundo*, se muestra cómo, quienes pertenecen al mundo del trabajo y han sido sindicados, tienen mayor experiencia que los intelectuales en el terreno social. Ellos mismos están desempleados actualmente, o jubilados, y aparentemente nadie los necesita. Su potencial queda en el aire.

PB.: Retomo por un momento este libro, *La miseria del mundo*. Es un esfuerzo para darle una función más modesta y, al mismo tiempo, creo que mucho más útil que de costumbre a los intelectuales: la función de escribano público. Conocí muy bien esta función en los países del norte de África; es alguien que sabe escribir y presta su saber a los otros para que puedan decir cosas que saben, en cierta forma, mejor que quienes las escriben. Los sociólogos ocupan una posición completamente particular. No son intelectuales como los demás; son personas que saben la mayoría de las veces —aunque no todos— escuchar, descifrar lo que se les dice, transcribirlo y retransmitirlo.

G.G.: Pero eso quiere decir al mismo tiempo, que habría que hacerle un llamado a los intelectuales que se sitúan cerca del neoliberalismo. Entre ellos, algunos comienzan a preguntarse si esa circulación de dinero alrededor del globo que escapa a todo control, si esa especie de locura que reina en el mundo capitalista no enfrenta ninguna oposición. Fusiones de empresas, por ejemplo, sin utilidad ni razón, que generan el despido de 2.000, 5.000, 10.000 personas, puesto que sólo el máximo beneficio cuenta en las acciones de la bolsa.

PB.: Sí, desgraciadamente, no se trata solamente de contrariar y enfrentar ese discurso dominante que pretende ser unánime. Para combatirlo eficazmente es necesario poder difundir y hacer público el discurso crítico. Hemos sido invadidos y asaltados, sin descanso, por el discurso dominante. Los periodistas, en su gran mayoría, son inconscientemente cómplices de ese discurso, y romper con esa unanimidad es muy difícil. Primero porque, en el caso de Francia, independientemente de las personas más consagradas y reconocidas, es muy difícil acceder al espacio público. Cuando decía, al comienzo, que yo esperaba que usted “abriera su boca”, es porque pienso que las personas consagradas son las únicas que, en cierto sentido, pueden romper ese círculo vicioso, aunque desgraciadamente se las consagra porque estas personas están tranquilas y silenciosas, o si no, para que así estén, y entre éstas hay muy pocas que utilizan el capital simbólico que les da su consagración para hablar, para hablar simplemente, y también para transmitir la voz de quienes no tienen voz.

En *Mi siglo*, usted evoca una serie de acontecimientos históricos y un cierto número de éstos me han impresionado bastante —pienso en la historia del muchachito que va a la manifestación de Liebknecht y que se hace pipí sobre la espalda de su papá: no sé si es un recuerdo personal pero, en todo caso, es una manera muy original de aprender el socialismo. También me gustó mucho lo que usted dijo sobre Jünger y Remarque: usted dice entre líneas muchas cosas sobre el papel de los intelectuales, sobre su manera de ser cómplices con los acontecimientos trágicos, aun cuando los intelectuales parecieran ser críticos. Igualmente me gustó lo que dice sobre Heidegger. Es otra cosa que tenemos en común: yo hice todo un análisis de la retórica de Heidegger que ha reinado terriblemente en Francia durante... casi hasta hoy, paradójicamente...

G.G.: Esa historia con Liebknecht... Me importaba en esa historia que estuviera de un lado Liebknecht, el agitador de la juventud —un movimiento progresista en nombre del socialista es puesto en marcha— y del otro lado, el padre que, en su entusiasmo, no se da cuenta de que su hijo lo que quiere es bajar de sus hombros. Cuando el pequeño se hace pipí en el cuello de su papá, éste le da una fuerte palmada. Ese comportamiento autoritario hace que el muchacho se vuelva voluntario a la movilización por la Primera Guerra Mundial, realizando así, exactamente, lo contrario de lo que Liebknecht había querido librar a la juventud. En *Mí Siglo*, yo describí a un profesor que reflexiona durante su seminario de los miércoles sobre las reacciones que tuvo en 1966, 67 y 68. A la época, su punto de partida es la filosofía de las posturas sublimes. Y allí llega de nuevo. Entre tanto, hay algunos impulsos radicalistas, y él hace parte de los que desenmascaran a Adorno en público, ante el *podium*. Es una biografía bastante típica de la época.

En los años sesenta, me encontraba en el corazón de esos acontecimientos. Las protestas de los estudiantes eran necesarias, y lograron muchas más cosas que cuanto los portavoces de la revolución del 68 quisieron admitir. O bien esa revolución nunca existió o bien no tuvo ninguna base, pero la sociedad ha cambiado. En el *Diario de un caracol*, describí cómo los estudiantes vociferaron cuando dije: el progreso es un caracol. Muy pocos quisieron entender.

Hemos llegado ambos a una edad en la que podemos, cierto, asegurar que seguiremos abriendo nuestra boca, a condición de tener buena salud, pero el tiempo es limitado. No sé lo que ocurre en Francia —pero creo que tampoco es mejor—, y constato que la nueva generación de la literatura alemana muestra poca disponibilidad e interés para perpetuar esta tradición inherente a las Luces, la tradición de abrir la boca e inmiscuirse. Si no hay renovación, si no hay relevo generacional, entonces la parte de una buena tradición europea se habrá perdido.

